

Fernando Montes Ruiz

Las diosas *del* cambio

Masculino
y femenino
en la historia



Coordinadora de la Mujer
Alejandría

Las diosas del cambio *indaga en las vertientes profundas de lo masculino y lo femenino, y rastrea sus manifestaciones a lo largo de la historia, para comprender mejor la sociedad actual y vislumbrar sus tendencias futuras. Un ensayo audaz, provocativo y sugerente, que se deja leer con deleite.*



Fernando Montes Ruiz, La Paz, Bolivia, 1953. Licenciado en Psicología por la Universidad Católica Boliviana y en Sociología por la Universidad Mayor de San Andrés. Investigador, escritor, catedrático, activista por la defensa de las culturas nativas y la conservación del medioambiente. Consultor internacional de Naciones Unidas.

Autor de los libros *El hombre que volvió a nacer*, en colaboración con Policarpio Flores Apaza (2ª ed., Plural, 2005); *La máscara de piedra. Simbolismo y personalidad aymaras en la historia* (2ª ed., Armonía, 1999); *Cubrir para descubrir* (Archipiélago, México, 2001 y Quipus, 1998); *Festa e ribellione nell mondo andino* (Proteo, Bolonia, 1991); *Factores socioculturales de la discriminación de la mujer en los barrios marginales de La Paz* (Gregoria Apaza, 1989); *Los resortes ideológicos de las sublevaciones aymaras* (CERES, 1987), y de más de medio centenar de artículos.

Actualmente investiga la cosmovisión precolombina de Tiwanaku, en diálogo con las concepciones científicas contemporáneas.



coordinadora
de la mujer

ALE
JAND
RIA

Fernando Montes Ruiz

Las diosas del cambio

Masculino y femenino en la historia



ALE
JAND
RIA

La publicación de este libro ha sido posible gracias al apoyo financiero de la Coordinadora de la Mujer y la revista *Alejandría*

Las diosas del cambio. Masculino y femenino en la historia

© Fernando Montes Ruiz

© de la edición: Revista Alejandría

Diagramación, diseño de la tapa
y cuidado de la edición: Hugo Montes

Ilustración tapa: los enamorados, tarot de Marsella (detalle)

Impresión: Grupo Impresor • Teléfono: 2214493

Déposito Legal: 4-1-20-80

Impreso en Bolivia
2006

A Fernando Montes Peñaranda

Índice

Presentaciones	9
I. Polaridad universal y conjunción de opuestos	13
II. La unión de contrarios en la pareja andina	19
III. Radiografía del machismo en Occidente	29
IV. La irrupción civilizadora de lo femenino	39
Revolución neolítica y Madre Tierra	39
Vírgenes, damas y amor cortés	43
La diosa de la Libertad y el amor romántico	48
V. La igualdad masculinizante contemporánea	53
VI. Perspectivas futuras	63

Agradecimientos

Agradezco a la Coordinadora de la Mujer, y en especial a su Secretaria Ejecutiva, Diana Urioste, por haber financiado esta publicación pese a no compartir necesariamente todos los puntos de vista expresados aquí, demostrando de ese modo un encomiable respeto por la pluralidad de ideas y el libre debate. Hago extensivo mi agradecimiento a Rubén Vargas, director de *Alejandro*, por dar cabida al presente ensayo en su prestigiosa y muy difundida revista y por financiar en parte la edición; a Marcel Ramírez, de la editorial Gente Común, por su apoyo en la impresión (que sería más exacto llamarlo mecenazgo); a Katrin Linzer por haberme proporcionado un indispensable material sobre feminismo y por sus valiosas sugerencias al manuscrito (lo cual, desde luego, no la hace responsable por los errores que pudieran haber); y en particular a Hugo Montes por la cuidada edición del libro, su revisión y diagramación del texto, su diseño de la tapa, y por haberme proporcionado la bibliografía pertinente. También agradezco a Alejandro Salazar por cedernos una caricatura suya.

Este ensayo tuvo dos puntos de partida convergentes. El primero es una investigación sobre los factores socioculturales de la discriminación de la mujer en los

barrios marginales de La Paz, que hace años me encargó el Centro de Promoción de la Mujer Gregoria Apaza (de allí proviene el análisis sobre el machismo). El segundo son los esclarecedores intercambios de ideas con mi homónimo y mentor, Fernando Montes Peñaranda, que enriquecieron la reflexión sobre el papel transformador de las mujeres en la historia, y con Katrin Linzer y Claudia Hernández, sobre la evolución del feminismo. A todos ellos les expreso mi reconocimiento. (Por algo Luis Racionero decía: “No es el encuentro programado, el simposio, la conferencia o la cita lo que genera cultura: éstas sólo la difunden; lo que la genera es el encuentro fortuito, la conversación desinteresada, el paseo inesperado donde se encuentra al amigo y se le comunican las preocupaciones creativas del día. Por definición, la creatividad no se puede programar: surge oscuramente, a su aire, azarosa, incontrolada, inspirada que no forzada. Por lo mismo, es en un ambiente informal y no programado donde se dan los intercambios e impulsos a la creatividad”).)

Fernando Montes Ruiz

Presentaciones

Una presentación de Fernando Montes Ruiz podría limitarse a señalar que es el autor de *La máscara de piedra. Simbolismo y personalidad aymaras en la historia*. Así sería sucinta y justa, como quizás aspira a ser toda presentación. Sucinta porque pondría el acento en la obra más que en la persona, es decir, dejaría toda consideración a la elocuencia de los hechos. Justa porque al señalar ese libro apuntaría a lo que ya el juicio del tiempo y de sus muchos lectores han establecido: una de las más esclarecedoras perspectivas para comprender el pasado y el presente del pueblo aymara, enlazados y visibles en la trama de la psicología profunda, la historia y el mito. Este libro muestra un pensamiento abarcador y que abre fronteras (y por ello audaz) y al mismo tiempo sintético (y por ello inteligente); erudito sin aspavientos (algo que siempre se agradece, y más aun en tiempos de inflación intelectual) y convincente porque prefiere la argumentación a ras de las evidencias y no el énfasis meramente declarativo.

El ensayo que ahora se publica, *Las diosas del cambio. Masculino y femenino en la historia*, no difiere de las características ya anotadas. En su brevedad concentra una paciente elaboración (es decir,

información más reflexión más dirección) sobre un asunto (masculino/femenino) cuyas manifestaciones más evidentes derivan (y ese es el mérito del ensayo) de una matriz profunda que ordena y orienta el curso de las civilizaciones. Estos son los asuntos de fondo que el bullicio de la época no permite escuchar. Nos congratulamos, entonces, porque estas páginas sean públicas, por estar implicados en ese mínimo silencio para escuchar *la otra voz*.

Rubén Vargas

Director de la revista Alejandría

Fernando Montes nos entrega en su texto un trabajo de reflexión muy propio, que, partiendo del análisis de la construcción de lo masculino y lo femenino en la sociedad andina y la construcción del machismo en las sociedades occidentales, concluye con un cuestionamiento a la apuesta de algunos feminismos que enfatizan la igualdad, y adelanta algunas perspectivas de análisis.

La primera parte transcurre resaltando una mirada histórica de esta construcción en un apretado recorrido por algunos momentos de la civilización occidental y andina. Analiza en este marco la complementariedad de los opuestos en la pareja andina y el predominio masculino en la tradición liberal occidental. El remate conceptual de esta trayectoria provee un acercamiento hacia la comprensión de la construcción de lo femenino y lo masculino en la sociedad contemporánea, y a partir de allí permite imaginar nuevos horizontes en la producción de esta relación.

Esta apuesta parte de una concepción sobre el género cuyos alcances teóricos no quedan del todo claramente establecidos. Para el autor, "hablar de género en abstracto supone eludir los aspectos biológicos, sexuales,

culturales, históricos y cósmicos de la feminidad para centrarse exclusivamente en el logro de la consabida equidad masculinizante". Desde la teoría de género y desde las prácticas de las mujeres, este concepto ha permitido más bien buscar un equilibrio en las relaciones entre mujeres y hombres a partir del reconocimiento y valoración de las diferencias y especificidades de las mujeres. Hecho que descarta que las luchas de las mujeres tengan como fin diluirse en el paradigma de lo masculino, como sugiere el autor.

Más allá de estas consideraciones puntuales, y en un momento en el que el movimiento de mujeres tiene ante sí el desafío de repensar nuevos códigos para interpretar los tiempos que corren, el texto aporta interesantes y controvertidas líneas de reflexión que invitan a su lectura y creativa discusión.

Diana Urioste
Secretaria Ejecutiva
Coordinadora de la Mujer

I. Polaridad universal y conjunción de opuestos

Los pueblos andinos y orientales elevan lo masculino y lo femenino¹ a la categoría de polaridad constitutiva del cosmos, que atraviesa y sustenta todos los sistemas existentes. El *yin* y *yang* chino, el *hanan* y *hurin* quechua, el *alax* y *manqha* aymara² son polos intrínsecos, fundamentales y abstractos, cuya existencia está respaldada por la ciencia contemporánea. De la síntesis entre estas nociones milenarias y la vanguardia científica actual resultan los siguientes principios polares genéricos:

Un principio “masculino”, externo, de repulsión, expansión, separación, exclusión, expulsión, competencia, diferenciación, discriminación, análisis, secuencia, jerarquía, solidez, estructura y permanencia.

Se le opone un principio “femenino”, interno, de atracción, contracción, unión, inclusión, asimilación,

¹ Aquí usaremos indistintamente las expresiones “polo femenino” (o, en su caso, masculino), “lo femenino”, o “principio femenino”, que son básicamente sinónimas.

² Coincidentemente, *yang*, *hanan* y *alax* corresponden a lo masculino-alto-luminoso-externo, y *yin*, *hanan* y *manqha*, a lo femenino-bajo-oscuro-interno.

cooperación, indiferenciación, integración, síntesis, simultaneidad, igualdad, fluidez, dinámica y cambio.

Todos los sistemas del universo son polares, y resultan de la integración de estos dos principios antagónicos y mutuamente excluyentes en una unidad superior. La polaridad es esencialmente la misma en abstracto, pero adopta distintas modalidades en los sucesivos sistemas concretos que han ido emergiendo a lo largo del proceso evolutivo cósmico. Por ejemplo, en el siguiente cuadro tenemos³.

Polo "masculino" de exclusión (<i>yang-hanan</i>)	Polo "femenino" de inclusión (<i>yin-hurin</i>)	Sistema integrado por los dos polos opuestos
Fermiones. Partículas sujetas a la <i>exclusión</i> de Pauli o <i>repulsión</i> mutua	Bosones. Partículas vectores de la <i>atracción</i> gravitacional, fuerte o electromagnética	Estos dos tipos contrarios de partículas fundamentales hacen posible la materia
Genes. Codifican <i>secuencialmente</i>	Proteínas. Interactúan <i>simultáneamente</i>	Estas moléculas complementarias conforman la célula
Catabolismo. <i>Descompone</i>	Anabolismo. <i>Asimila e integra</i>	Procesos opuestos que constituyen el metabolismo
Macho. <i>Expulsa fuera de sí</i> Acción hacia el exterior	Hembra. <i>Incorpora dentro de sí</i> Acción hacia el interior	Dos orientaciones vitales básicas que posibilitan la sexualidad
Emociones <i>com-petitivas</i> de <i>exclusión</i> territorial	Emociones <i>gregarias</i> de <i>integración</i> grupal	Campo emocional que configura las sociedades animales o humanas
Hemisferio izquierdo <i>analítico temporal</i>	Hemisferio derecho <i>sintético espacial</i>	Ambos permiten el pensamiento simbólico conceptual
Sintagma secuencial por <i>contigüidad</i> . <i>Metonimia</i>	Paradigma simultáneo por <i>analogía</i> . <i>Metáfora</i>	En conjunto fundamentan el lenguaje

3 Tomado de Montes, Fernando. *La matriz cósmica*. En preparación.

Los polos opuestos se regulan mutuamente y tienden a un equilibrio, que garantiza el buen funcionamiento y la salud del sistema. Pero el excesivo predominio de uno de los polos crea desajustes y patologías, y si es extremo o muy prolongado, termina por destruir al propio sistema.

Cuando se produce la hipertrofia unilateral de un polo, el sistema pone en marcha mecanismos para restablecer el equilibrio: a) El polo subordinado o excluido reingresa con más fuerza al sistema. b) El polo dominante en exceso invierte su polaridad y se transforma en su opuesto ("los extremos se tocan").

Si el antagonismo entre los polos de un sistema se intensifica por encima de cierto umbral crítico, se da entre ellos una paradójica conjunción de opuestos (a la vez afirmación y negación, positivo y negativo, inclusión y exclusión), como ocurre en la física cuántica (superposición entre partícula y onda)⁴ y en las teorías del "caos" y de las estructuras disipativas (superposición entre determinismo e indeterminismo). En todos estos casos tienen lugar extrañas propiedades emergentes, como la conexión inmediata entre dos objetos separados en el tiempo y el espacio, o la autoorganización creativa e "inteligente" del sistema. Análogamente, *el tao* chino es la conjunción entre los opuestos *yin* y *yang*, y el *tinku*⁵ andino es la integración contradictoria de *hanan* y *hurin*, con propiedades emergentes similares, como se verá más adelante.

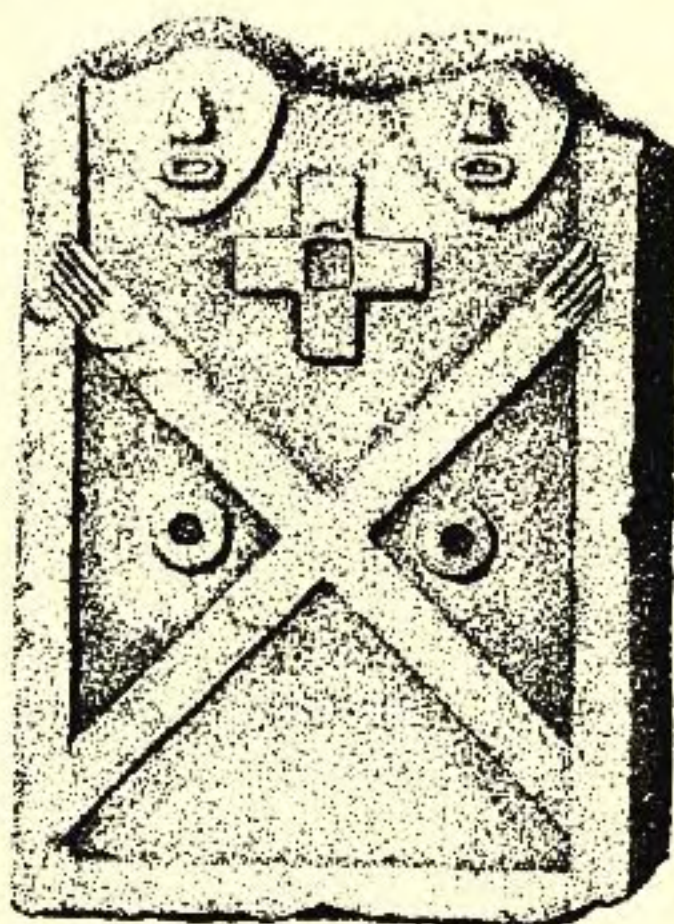
Sobre esta esencial polaridad, inherente, universal y arquetípica, cada sociedad construye una masculinidad

⁴ Cf. Lupasco, Stéphane. *Les trois matières*. Julliard, 1970. París.

⁵ *Tinku*: combate ritual entre las dos parcialidades (*hanansaya* y *hurinsaya*) de una comunidad andina o *ayllu*.

y una feminidad distintas, específicas, histórica y culturalmente determinadas, y establece una relación peculiar entre hombre y mujer⁶.

En lo que sigue vamos a analizar dos casos con valor paradigmático: la pareja complementaria andina (ejemplo de la equilibrada coexistencia contradictoria entre los dos opuestos) y la exclusión machista occidental (ejemplo del excesivo predominio unilateral de un solo opuesto), que evidentemente corresponden a dos modelos lógicos distintos y a dos maneras de encarar la polaridad sexual. Luego examinaremos algunas situaciones históricas en las que el principio femenino excluido reingresa en el sistema social para restablecer el equilibrio creativo e iniciar un proceso civilizador. Con toda esta información lógica e histórica trataremos de entender lo femenino y lo masculino en la sociedad contemporánea, y de vislumbrar sus tendencias futuras.



Conjunción de opuestos en los Andes. Estela chiripa, Challapata, Bolivia. 1000 a. C. Piedra.

⁶ La masculinidad y la feminidad tienen pues dos aspectos: uno esencial, permanente, universal, y otro socialmente construido, histórica y culturalmente relativo, que se superpone al primero.



Bodas alquímicas: conjunción de los opuestos masculino y femenino. Europa medieoval.



Tao. Conjunción de opuestos yin y yang, donde cada uno contiene una pequeña porción del otro. China.



En los Andes se reconoce el valor insustituible del aporte femenino. Madre e hijo (posiblemente Madre Tierra nutricia). Cerámica chimú. Perú precolombino.

II. La unión de contrarios en la pareja andina

Entre los indígenas andinos, la pareja humana se concibe como una unidad de opuestos en perpetuo antagonismo y complementación. Desde el mismo comienzo de la relación se dramatiza ese antagonismo entre el hombre, la mujer, y sus respectivas familias, a la vez que se insiste en que ambos son mutuamente necesarios.

Las parejas se conocen y se cortejan en los campos o en un baile nocturno llamado *qachwa*. Las relaciones sexuales prematrimoniales están permitidas entre los aymaras y quechuas, que no tienen una valoración especial por la virginidad. "Nunca conocieron el resplandor y la hermosura de la castidad, para hacer estima de ella, antes les era muy ofensiva la virginidad en sus mujeres porque decían que las que estaban doncellas no habían sido de nadie queridas", comenta con alarma el sacerdote y cronista colonial Bernabé Cobo⁷.

La oposición entre los sexos se pone de manifiesto ya en el cortejo, cuando el joven "molesta" a la muchacha con el reflejo de un espejo, le lanza piedritas, y por

⁷ Cobo, Bernabé. *Obras completas*, tomo II. BAE, 1954. Madrid.

último le "roba" el sombrero. Si ella accede a sus requerimientos amorosos, lo persigue "para recuperar su prenda", lo que da pie a que él "la rapte contra su voluntad", mientras ella simula resistirse a fuerza de gritos y arañazos (si no le interesa iniciar esa relación, simplemente no corre en pos de su sombrero, que le será devuelto al día siguiente).

Consumado el "rapto", el pretendiente pide la mano de la novia, de rodillas y con una ofrenda de coca y alcohol. El futuro suegro "monta en cólera", y chicote en mano lo increpa por haber atentado contra el honor de su familia. Después de llegar a un acuerdo, se celebra la ceremonia del compromiso, dividida en la *sart'a* (subida) y la *irpaqa* (bajada), ambas con regalos, comidas y bebidas rituales.

En las sucesivas ceremonias de bodas (en los Andes no hay una sola, sino varias), las familias del novio y la novia usualmente se insultan, se arrojan piedras, y entran en una abierta competencia sobre cuál de ellas hace más y mejores regalos, para lo que se lleva una estricta contabilidad y se confrontan luego las listas.

El siguiente paso es la convivencia de prueba o *sirwiñaku*, en casa de los padres del novio, que puede durar entre una semana y varios años. Si la pareja decide separarse durante esta fase, la familia del novio debe dar una compensación económica a los padres de la novia, y si han nacido hijos, los varones van con su padre y las mujeres con su madre, y no son obstáculo para un nuevo matrimonio⁸.

Por último, viene la ceremonia de bodas propiamente dicha, que dura varios días, y es otra ocasión para demostrar la competencia y la rivalidad entre las dos

⁸ Cf. Carter, William y Mauricio Mamani. *Irpa Chico*. Juventud, 1982. La Paz.

familias. Los momentos salientes son la entrega ceremonial de regalos, la comida ritual y las recomendaciones de los padrinos, que proporcionan a los novios las normas de comportamiento que se espera de ellos durante la vida matrimonial. Después de casados, cualquiera de los cónyuges puede quejarse a los padrinos por la mala conducta del otro, con la seguridad de que éstos, con su gran ascendiente moral, amonestarán al culpable y hasta usarán castigos para enmendarlo. (Aquí tienen las mujeres un recurso muy efectivo para defenderse contra los posibles abusos de sus maridos.)

Como todo rito de transición, la boda aymara representa una muerte y un renacimiento: una muerte a la condición de solteros, mediante ayunos, confesiones y penitencias; una gestación simbólica, en la que los novios se encierran durante siete días y siete noches en silencio, totalmente cubiertos por sus ropas, como embriones en el útero; y un renacimiento a la nueva vida de casados, como bebés que no saben hablar ni valerse por sí mismos. El padrino, verdadero padre en esta nueva etapa de la existencia, le pone babero al novio, le da de comer y beber a la boca, y hasta figuradamente le enseña a hablar. La madrina hace otro tanto con la novia. Sólo después de haber pasado por este ritual son considerados mayores de edad, y luego de dar tres vueltas al nuevo hogar, se besan e ingresan en él unidos de por vida⁹.

Así, a través de la competencia y el antagonismo explícitos, representados también en los ritos de paso, se va construyendo de manera paradójica una sólida unión entre la pareja, que desde todo punto de vista es la unidad fundamental de la sociedad andina. Primero, la familia constituye la unidad productiva básica: mientras el hombre abre el surco, la mujer echa la semilla, y en

⁹ Cf. Flores, Policarpio, Fernando Montes *et al.* *El hombre que volvió a nacer*. 2ª ed. Plural, 2005. La Paz.

general cada miembro de la pareja aporta con un tipo de actividad especializada, que es interdependiente y complementaria de la actividad del otro. En segundo término, la familia es una unidad política, porque los cargos tradicionales de autoridad no se confieren al individuo, sino a la pareja (hay casos en que un *jilaqata* o *mallku* muere durante el ejercicio de sus funciones, y su esposa, la *t'alla mama*, ocupa el cargo hasta que termina el período de mando establecido). En tercer lugar, la pareja era durante el *Tawantinsuyu*¹⁰ la unidad tributaria que debía asumir en conjunto las obligaciones impositivas hacia el Estado Inca, y era asimismo la unidad censal, puesto que no se empadronaba a individuos sino a familias. Aún hoy, en cada comunidad o *ayllu* se contabiliza el número de "personas" (cabezas de familia), antes que el de individuos.

Por ser diametralmente opuestos en su polaridad sexual y en sus atributos, cada miembro de la pareja posee exactamente lo que le hace falta al otro, y ambos se complementan en una unidad superior. Esta unidad complementaria se simboliza en el hecho de que el hombre teje para su esposa en el telar vertical de pie, y la mujer teje para su esposo en el telar horizontal de mano¹¹.

Dualidad de opuestos antagónicos a la vez que unidad de complementarios, la pareja andina es fundamentalmente contradictoria. ¿Cómo unir la dualidad y complementar los opuestos? La misma naturaleza bipolar de la pareja sugiere la respuesta obvia: la cópula, momentánea comunión en que macho y hembra disuelven sus límites individuales, armonizan sus antagonismos y

¹⁰ *Tawantinsuyu*: lit. los cuatro distritos. Nombre quechua del Imperio Inca.

¹¹ Cf. Albó, Xavier. *La paradoja aymara*. CIPCA, 1975. La Paz.

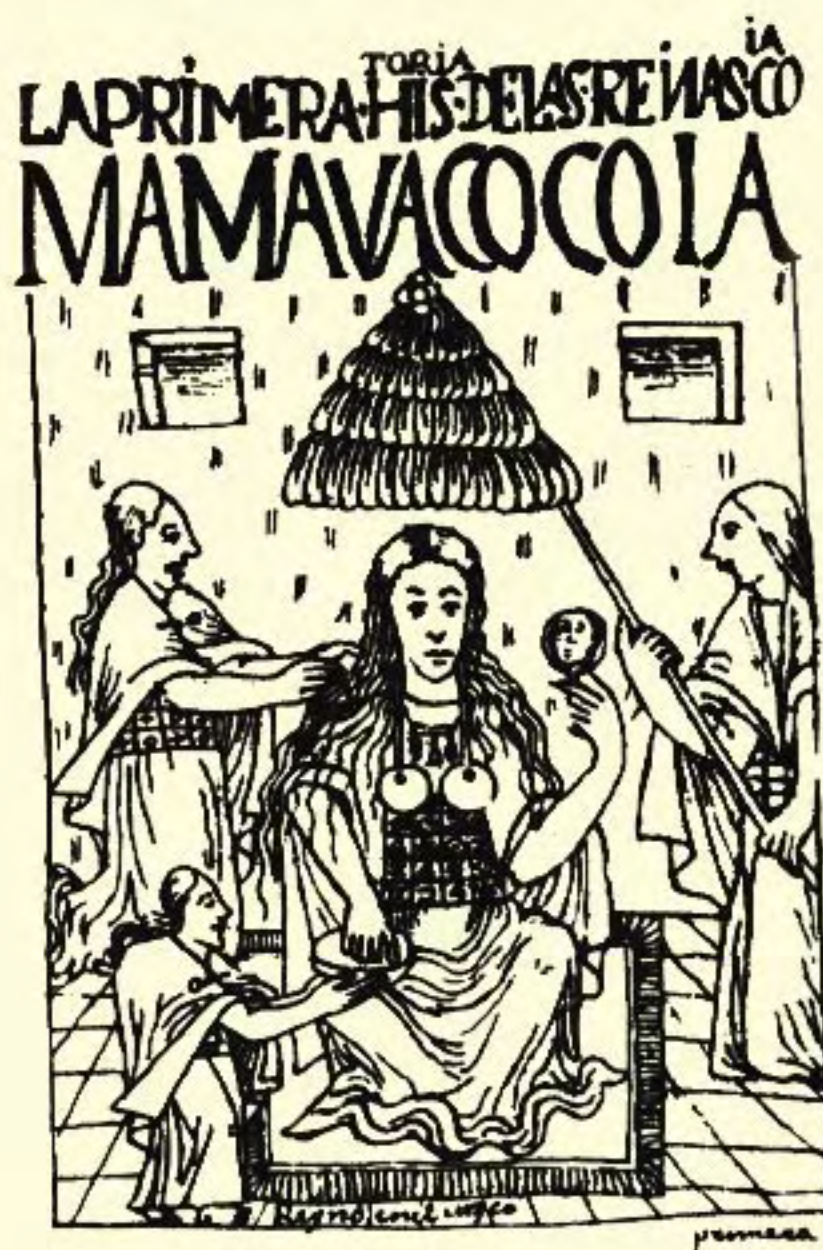
conjuncionan sus disparidades, para fusionarse en una estrecha unidad contradictoria. Nunca el hombre es tan plenamente masculino ni la mujer tan femenina como en este momento culminante de completa unidad: justamente cuando la contradicción entre los sexos se exacerba al máximo es cuando se alcanza su paradójica fusión¹².

En tiempos prehispánicos regía en los Andes un sistema de descendencia paralela y cruzada. Apellidos, títulos y propiedades se heredaban por dos líneas opuestas y complementarias: una masculina, que iba del abuelo paterno al padre y de éste al hijo, y otra femenina, que iba de la abuela materna a la madre y a la hija. (Por otra parte, había las líneas cruzadas que iban del hermano de la madre al hijo de la hermana y de la hermana del padre a la hija del hermano.) Este sistema habilitaba a las mujeres para heredar bienes, dignidades, títulos nobiliarios y ministerios religiosos de sus antepasadas por línea femenina, lo que dio lugar a un liderazgo político, religioso y aristocrático femenino, paralelo al masculino e independiente de él.

A diferencia de Europa, donde la mujer no era legalmente hábil para heredar por estar considerada como menor de edad¹³, y hasta la propia reina obtenía su posición y poder sólo por el hecho de ser la esposa del rey, en el *Tawantinsuyu* la *coya* (reina) heredaba títulos y posesiones de sus antepasadas por línea femenina, detentaba posición y poder por ella misma, y actuaba por iniciativa propia, de manera paralela y complementaria a la acción del inca. (En una ocasión, por ejemplo, Tupa Inca estaba a punto de iniciar una guerra contra los

¹² Cf. Montes, Fernando. *La máscara de piedra. Simbolismo y personalidad aymaras en la historia*. 2ª ed. Armonía, 1999. La Paz.

¹³ En el Viejo Mundo, las mujeres al casarse recibían la dote, que era entregada al esposo.



La coya o reina tenía un poder paralelo y complementario al del inca. Waman Puma, 1612.

guarcos, una etnia rival; pero la *coya* le pidió no atacar hasta que ella hablara con la esposa del *kuraka* o jefe enemigo. Ambas llegaron a un acuerdo que evitó el enfrentamiento¹⁴.)

De igual manera, las sacerdotisas podían heredar de sus antepasadas maternas el correspondiente ministerio religioso, y oficiaban culto a las divinidades femeninas en templos con recursos propios, totalmente autónomos de los templos, dioses y sacerdotes masculinos. (Por su afinidad con la Madre Tierra, las mujeres incas se ocupaban de la selección de la semilla y de los ritos de fertilidad durante la siembra y la cosecha, e incluso efectuaban los experimentos agrícolas del Estado, en

¹⁴ Cf. Cobo, *op. cit.* tomo II. p. 87-88.

tierras usadas como laboratorios para el mejoramiento de los cultivos¹⁵.)

Ya en tiempos de la Colonia, durante las grandes sublevaciones indígenas de 1780-82, se sabe que el caudillo insurgente Tupac Amaru no daba un paso sin la aprobación de Micaela Bastidas, y que el criterio de Bartolina Sisa y Gregoria Apaza fue decisivo en las campañas de Tupac Katari y Andrés Tupac Amaru. Estas mujeres no se limitaron a secundar a sus esposos, sino que eran líderes por derecho propio, y en muchas oportunidades fueron ellas quienes comandaron a las huestes rebeldes.

Hoy en día, el ejercicio de la autoridad comunitaria tampoco es personal: cada cargo tradicional masculino tiene su contraparte femenina (verbigracia, el *jilaqata* y la *t'alla mama*), y en el desempeño de sus funciones oficiales, el hombre consulta constantemente con su esposa y no toma ninguna decisión sin su consejo.

Cierto, el Estado Inca desvirtuó estas instituciones igualitarias de reciprocidad al utilizarlas en beneficio de la élite gobernante, sobre todo a partir del reinado expansionista del inca Pachakuti (quien instauró en concordancia el culto predominante a una divinidad solar masculina). Los *yana*, que originalmente ayudaban a las autoridades a cumplir con sus deberes de reciprocidad, acabaron privados de sus derechos comunales y convertidos en una mano de obra servil cada vez más numerosa. Asimismo, las mujeres más bellas o *ñustas* eran en principio enajenadas de sus comunidades con fines puramente religiosos, pero terminaron sirviendo como tejedoras, chicheras y concubinas del inca, que las repartía entre los *kurakas* (jefes étnicos) para asegurar su lealtad. (Tal vez se halle aquí la raíz de algunas

¹⁵ Cf. Silverblat, Irene. *Las mujeres andinas en el Estado Inka*, s/f.

tendencias autoritarias en los Andes contemporáneos). No obstante, una auténtica reciprocidad simétrica se mantiene vigorosa en los *ayllus*, como base de las relaciones equitativas de los comuneros entre sí y con sus esposas¹⁶.

Un mito recogido por Garcilaso de la Vega (que era hijo de una princesa incaica y un capitán español) cuenta que durante la fundación del Cuzco, el inca convocó a los del *Hanan* Cuzco, que por eso se llama Cuzco el Alto, y la *coya* atrajo a los del *Hurin* Cuzco, que por eso se llama Cuzco el Bajo. "Esta división de ciudad no fue para que los de la una mitad se aventajasen a los de la otra mitad en exenciones y preeminencias, sino que todos fuesen iguales como hermanos, hijos de un padre y de una madre. Sólo quiso el inca que hubiese esta división de pueblo y diferencia de nombre alto y bajo, para que quedase perpetua memoria de que a los unos había convocado el rey, y a los otros la reina; y mandó que entre ellos hubiese sola una diferencia y reconocimiento de superioridad: que los del Cuzco alto fuesen respetados y tenidos como primogénitos, hermanos mayores; y los del bajo fuesen como hijos segundos; y en suma, fuesen como el brazo derecho y el izquierdo en cualquiera preeminencia de lugar y oficio, por haber sido los del alto atraídos por el varón, y los del bajo por la hembra. A semejanza de esto hubo después esta misma división en todos los pueblos grandes o chicos de nuestro Imperio"¹⁷.

¹⁶ Similar es el caso de la antigua China, donde la filosofía del *tao* propende a la equidad entre los opuestos masculino y femenino, aunque las exigencias del poder imperial y nobiliario impusieron un modelo patriarcal de sociedad, legitimado luego por una interpretación extrema del confucianismo.

¹⁷ De la Vega, Garcilaso. *Comentarios Reales de los Incas*. Tomo CXXXIII. BAE, 1963. Madrid.

Dos consecuencias se siguen de aquí: que en la cultura andina hay un ligero predominio simbólico del varón sobre la mujer, como primero entre los iguales, y que la pareja humana (representada por los fundadores míticos del Imperio) constituye el modelo dualista de la sociedad y del mundo: "todo es hombre y mujer" (*tukuy ima qhariwarmi*), decía un indígena quechua, pues en efecto las punas, los cerros y ciertos colores y notas musicales son machos, mientras que los valles, la pampa y otros colores y notas son hembras.

Hasta nuestros días, cada *ayllu* o comunidad sigue dividido en las mencionadas mitades o *sayas* de *hanan* o *alax* (alto), simbólicamente masculina, y *hurin* o *manqha* (bajo), femenina. En tiempos antiguos, ninguno de los miembros de la una podía contraer matrimonio con los de la otra, y entre ambas parcialidades existía (y existe todavía) una hostilidad institucionalizada; aunque frente a otros *ayllus* las dos se alían y forman una unidad. De nuevo se presenta aquí el problema de dos opuestos antagónicos que constituyen una sola entidad contradictoria. La solución es el *tinku*, un periódico combate ritual entre las dos mitades de la comunidad, que asegura su paradójica unidad. Disyunción y conjunción al mismo tiempo, *tinku* significa: "venir a la batalla los ejércitos", "encontrarse los bandos contrarios para la pelea"; pero también: "igualarse, concordar", "encuentro entre personas o cosas", "confluencia de dos ríos" y "unión sexual prematrimonial". En virtud de esta fértil antinomia, el *tinku* es al *ayllu* lo que la cópula a la pareja: justamente en el momento en que el antagonismo entre las dos mitades masculina y femenina es más intenso y violento es cuando el *ayllu* realiza su plena unidad, implícitamente sexual¹⁸.

¹⁸ Platt, Tristan. "Symetries en Miroir". En *Annales* N° 5-6, 1977. París.

Esta lógica de conjunción de opuestos admite dentro de un mismo sistema la coexistencia contradictoria de un término y de su contrario. Incorpora por tanto tres valores de verdad: la afirmación (*jisa*), la negación (*jani*), y un paradójico tercero incluido que afirma y niega a la vez (*ina*: quizá sí y quizá no), el cual se equipara con el *tinku* o la cópula, y prefigura la aludida superposición cuántica.

Al aceptarse la contradicción interna, ambos términos opuestos pueden coexistir antagónicamente, sin que ninguno de ellos se vea en la necesidad de anular o avasallar al otro. Así, lo femenino existe y actúa por derecho propio, y se opone a lo masculino en una relación mutuamente enriquecedora, que permite una auténtica igualdad y una integración creativa entre ambos cónyuges.

Por ello, las parejas más estables y mejor avenidas que he conocido son los matrimonios tradicionales aymaras y quechuas, caracterizados por una extraordinaria armonía, nacida de la mutua valoración y respeto. Lamentablemente, en la actualidad eso está cambiando: la desestructuración del *ayllu* y sus instituciones, la ruptura de los mecanismos de control social y la introducción de modelos machistas de comportamiento socavan la tradición igualitaria y favorecen la discriminación y los abusos contra las mujeres —desde impedir que hereden tierras hasta la violencia, la infidelidad y el abandono—, que son cada vez más frecuentes, especialmente entre los migrantes indígenas de las ciudades. (Sin ir muy lejos, algunos destacados dirigentes aymaras se destacan también por su machismo, originado quizá en el desarraigo cultural.)

III. Radiografía del machismo en Occidente

Acabamos de ver cómo la lógica andina asume plenamente la contradicción intrínseca entre el hombre y la mujer, posibilitando de este paradójico modo una sólida y equitativa unidad complementaria entre ellos.

Ahora analizaremos el modelo de relación de pareja que tradicionalmente ha prevalecido en la cultura occidental, intentando aprehender sus rasgos esenciales y el sistema de relaciones que los organiza internamente. Estos rasgos configuran un síndrome típico comúnmente denominado machismo. Al examinarlo procederemos como el relojero que desmonta un reloj para ver cuáles son sus piezas y cómo funcionan: descompondremos el machismo en sus postulados implícitos básicos, y luego de explicitarlos, reconstruiremos la lógica interna que los rige y las consecuencias que se derivan de ellos¹⁹.

Así como la pareja andina se origina en la lógica de oposición complementaria y la organización dualista de la sociedad y el universo religioso, la pareja tradicional en Occidente es el resultado de la lógica grecolatina de

¹⁹ Para esta sección, cf. Montes, Fernando. *Factores socioculturales de la discriminación de la mujer en los barrios marginales paceños*. Centro de Promoción de la Mujer "Gregoria Apaza", 1989. La Paz.

identidad y el monoteísmo judeocristiano, que son dos formas de unilateralidad excluyente.

La lógica de la identidad, que rige el pensamiento cotidiano de Occidente, fue enunciada y sistematizada por Aristóteles en tres principios: identidad, no contradicción y tercero excluido. En síntesis, todo objeto es idéntico a sí mismo, y puede ser o no ser, pero no las dos cosas al mismo tiempo. Esto implica que para ser, una cosa no puede contener en sí misma a su contrario. Dicho de otra manera, ninguna entidad admite en su seno la coexistencia contradictoria de dos opuestos; necesariamente uno de los opuestos debe imponerse sobre el otro y anularlo.

El monoteísmo judeocristiano consiste básicamente en que un celoso e iracundo dios masculino expulsa y sataniza a todos los demás dioses y diosas del Panteón, y se erige a sí mismo en el único, verdadero y exclusivo Dios, del único, verdadero y exclusivo Pueblo Elegido (que es el único y exclusivo poseedor de la Verdad)²⁰. Como las divinidades excluidas corresponden a distintos aspectos de la naturaleza y del universo, el cosmos entero pierde su sacralidad; pero en cambio se sacraliza la Historia del Pueblo (auto)Elegido, perturbada por frecuentes y no siempre solicitadas intervenciones divinas. El pacto entre Dios y Su Pueblo queda sellado con los Diez Mandamientos, que van clara e inequívocamente dirigidos al varón ("9º no codiciarás la mujer del prójimo"), y con el rito de circuncisión, que extirpa la

²⁰ En sus viajes por todo el mundo conocido en la Antigüedad, Herodoto llega a la conclusión de que los dioses de todos los pueblos son fundamentalmente los mismos, es decir que todas las religiones son equivalentes y por tanto igualmente verdaderas. En cambio, para el judaísmo (y para sus herederos, el cristianismo y el islam) la única religión o secta verdadera es la propia; las ajenas son necesariamente falsas y diabólicas, lo que no impidió que entre ellos se dieran algunos períodos de convivencia tolerante.

parte simbólicamente femenina de los genitales del hombre (el prepucio se equipara a los labios de la vulva), en extrema afirmación de la unilateralidad masculina. (El monoteísmo de la Medialuna comparte esta visión androcéntrica y una no atenuada misoginia.) El mundo queda así dividido en dos principios maniqueos contrapuestos: el bien y el mal, lo verdadero y lo falso, lo puro y lo impuro, los elegidos y los réprobos, el reino celestial y la naturaleza terrenal, lo patriarcal exaltado y lo femenino rechazado. Al combinar el maniqueísmo con la lógica de la identidad, tenemos que el opuesto que domina y es afirmado corresponde al bien, y el anulado y negado es invariablemente el mal.

El sistema conceptual implícito en el machismo concibe a la mujer como un ser abierto, susceptible de ser penetrado, poseído y vulnerado por otro ser distinto y externo a ella. Ahí radica su debilidad inherente, pues al ser poseída se enajena a otro, se entremezcla con él, y en cierto modo deja de ser ella misma: pierde la identidad consigo propio y deja de tener existencia plena. Es un "ser a medias", ontológicamente inferior, incapaz del libre albedrío y de la autodeterminación necesarias para asumir la responsabilidad cabal de su persona (incluso se duda de que tenga alma). No está pues habilitada para ejercer los derechos ciudadanos ni los ministerios religiosos, y más bien requiere estar bajo la tutela masculina.

Es por eso que Aristóteles proclamaba que la mujer es en relación al hombre lo que el esclavo al amo, o lo que el trabajador manual al intelectual, pues en la escala del desarrollo ha quedado un peldaño por debajo del varón. Una explosiva mezcla de lógica aristotélica y maniqueísmo judeocristiano permite a los Doctores de la Iglesia llegar a la conclusión demoledora de que la mujer no es sólo inferior sino también mala: san Agustín la acusa de ser culpable de todos los males debido a su caída



Repudio patriarcal a la mujer, que Jesús impugna. El óbolo de la viuda, Gustavo Doré, 1830 (detalle).

espiritual, y para santo Tomás de Aquino, la mujer es una mala hierba que crece rápidamente; un ser incompleto cuyo cuerpo alcanza antes su desarrollo total sólo porque tiene poco valor y la naturaleza se ocupa menos de él. Con mayor ternura aún, los Padres de la Iglesia (san Juan Crisóstomo, san Antonio, san Juan Damasceno y san Jerónimo) se refieren a la mujer como “soberana peste”, “puerta del infierno”, “arma del diablo”, “centinela avanzada del infierno”, “larva de demonio” y “flecha del diablo”.

Desde esta perspectiva maniquea, al ser penetrada por lo distinto-externo, la mujer se contamina, pues el contacto con lo *otro* (lo no idéntico) y la asimilación a él la hacen intrínsecamente impura y corruptible. Por su apertura constitucional está además expuesta a que el mal se introduzca en ella y se posesione de su cuerpo para tentar a los justos. Instrumento maligno, la sola presencia de la mujer basta para incitar al pecado. No es otro el sentido del mito bíblico de Satán convertido en serpiente, que seduce a Eva y se apodera de ella para condenar al bueno de Adán y al resto de la humanidad por los siglos de los siglos.

La hembra corruptible y corruptora ha sido siempre la perdición del hombre. La inicua Clitemnestra mata a traición a su esposo Agamenón para desposarse con Egisto, Deyanira ocasiona la muerte del invicto Hércules, Dalila es quien despoja a Sansón de su fuerza sobrehumana, y para desgracia nuestra, la funesta Pandora libera todos los males que aquejan a la humanidad. Unos demonios femeninos del Medioevo, los súcubos, aliados con las brujas, se dedicaban incansablemente a pervertir a los buenos cristianos. En nuestro medio, dos bellas mestizas de ojos seductores y dulces labios, las fatales Claudinas, precipitan en la degradación total a los decentes protagonistas masculinos de *La Chaskañawi* y de *La Miskki-Simi*²¹. La lista de agravios que las pérfidas hijas de Eva han cometido no tiene fin.

Por oposición a la mujer, el hombre es en la concepción machista un ser cerrado, capaz de excluir de sí a la alteridad externa y de permanecer invulnerable a las influencias corruptoras del mal. Al poder segregarse de lo *otro*, se mantiene incontaminado, puro, siempre

²¹ Novelas escritas por los bolivianos Carlos Medinacelli y Adolfo Costa du Rels, respectivamente.

idéntico a sí mismo, autónomo, dueño de sí. Posee pues la determinación y la libertad de albedrío necesarias para convertirse en un sujeto ético con pleno ejercicio de sus derechos y obligaciones políticas y de sus deberes religiosos. Él, que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, tiene que cumplir con el derecho divino de enseñorearse del mundo y dominar a los seres inferiores de la Creación. Es su amo natural.

En un sistema lógico que excluye la coexistencia contradictoria de dos opuestos, lo superior, positivo, puro e idéntico no puede hacer otra cosa que avasallar y anular a lo inferior, negativo, contaminado y distinto. Se trata de imponer el bien negando y castigando al mal por su pecado original de haberse abierto: Y cuando vio que Eva había desobedecido, "Jehová dijo a la mujer: multiplicaré tus dolores y tus preñeces. Con dolor darás hijos a luz. Te sentirás atraída por tu marido, pero él te dominará" (Génesis 3: 16). El dolor, la preñez, el sexo y el sometimiento al varón son el castigo a la debilidad y la impureza femeninas.

El acto sexual es pues un acto de dominio, posesión y agresión a la mujer; un medio para vulnerarla y subyugarla. De ahí la expresión española de "poseer a una mujer", que en el lenguaje criollo se traduce como "*me* la he dado" o "*me* la he comido", con un significativo énfasis en el reflexivo "*me*", que connota la propiedad y el uso de un objeto para provecho personal de un sujeto. La jerga criolla es rica en expresiones equivalentes, no menos pintorescas, como "pasarla por las armas", o bien "fusilarla", en una desembozada alusión a la naturaleza violenta de la acción.

En este sistema conceptual, la sexualidad es para la mujer una intrusión agresiva de lo distinto, que al poseerla la ensucia y la deshonra; un acto que no puede ser sino pecaminoso e impuro, en el cual ella no puede ni

debe sentir placer, so pena de convertirse en la desvergonzada cómplice de su propia denigración.

La mujer es como una fortaleza: sólo vale mientras resiste. Si se entrega está perdida. La única forma de reivindicarse de su apertura esencial es manteniéndose cerrada e impenetrable, es decir incorporando un atributo masculino que la haga digna de respeto. La virginidad es pues el valor supremo que debe conservar hasta el matrimonio. Si llegara a perderla antes, "sacarán a la joven de la puerta de la casa de su padre, y los hombres de la ciudad la apedrearán hasta que muera", dictamina la Biblia (Deuteronomio 22: 21).

Para la mujer, inexorablemente condenada por su pecado inherente, no existe otra vía de redención y salvación que la de consagrarse por entero al servicio incondicional de un ser intrínsecamente puro, bueno y poderoso: casarse con Dios o con un hombre. Monja o esposa, debe ser siempre obediente, humilde, abnegada, y soportar con resignación las penalidades del camino que ha elegido. En otras palabras, tiene que sacrificarlo todo y renunciar a sí misma; dejar de ser ella en tanto que persona y mujer, para convertirse en la mera prolongación de un ente masculino.

La sexualidad, en cambio, no contamina ni ensucia al hombre porque es un acto externo a él, que no lo involucra ni le hace mella. Es más bien la demostración patente de su fuerza, su capacidad de dominio y su invulnerabilidad; un medio para realizar su esencial vocación de poder. Es un evidente contrasentido que exactamente la misma acción que degrada y desprestigia a la mujer enaltezca y acredite al varón. ¡Extraña ética la del machismo!

Como el hombre compite con otros individuos de su mismo sexo por el control de las mujeres y por el mutuo dominio, tiene la implícita obligación de probar su

virilidad con cuantas mujeres pueda. Dejar pasar una oportunidad equivale a una imperdonable confesión de impotencia y debilidad. A la vez, debe defender celosamente la virtud de las mujeres de su propia familia, porque la deshonor de una esposa, una hija⁴ o una hermana es una grave ofensa contra él mismo, que demuestra la supremacía de quien la ha ocasionado.

La mujer es una posesión muy frágil, que el padre debe transferir intacta a su nuevo propietario, el esposo. Pero como se trata de una criatura voluble, incapaz de responder por sus actos, es preciso protegerla del acoso masculino recluyéndola y vigilando todos sus pasos con celo.

Los celos son así una inevitable consecuencia del machismo. Otra es la prostitución, necesaria para dar salida a los ímpetus varoniles sin poner en peligro la castidad de las virtuosas: hay que descargar la suciedad del sexo por cauces que la lleven lejos de la propia familia. Con sorprendente sentido práctico, santo Tomás de Aquino sostenía que "las mujeres públicas son en una sociedad lo que la cloaca es en un palacio: suprimid la cloaca y el palacio se convertirá en un lugar sucio e infecto".

Estas posiciones extremas de la Iglesia medieval se han atenuado en el catolicismo contemporáneo, que al enaltecer la figura femenina de la Virgen resulta menos patriarcalista que el protestantismo, tan apegado a la tradición androlátrica del Antiguo Testamento, afín a sus propias raíces germánicas. Nada de lo dicho hasta aquí nos impide recordar que Cristo cuestionó el repudio a la mujer vigente en la sociedad israelita de entonces (episodios de la Magdalena, la adúltera y el óbolo de la viuda), y que el cristianismo es en principio una religión igualitaria, con una doctrina de amor al prójimo y una pacífica filosofía de convivencia.

Tanto el machismo occidental como la reciprocidad complementaria andina conciben la relación hombre-mujer en términos de una dualidad de opuestos, donde lo masculino tiene más jerarquía. La diferencia estriba en la forma en la que cada uno de estos modelos resuelve el antagonismo entre los polos sexuales. En Occidente no se admite la coexistencia contradictoria de los dos sexos, y uno de ellos, percibido como lo idéntico, puro y bueno, debe someter y anular completamente a su opuesto, vinculado a lo diferente, impuro y malo; al hacerlo se beneficia a sus expensas. Los pueblos andinos, en cambio, basan su sistema familiar en la dualidad contradictoria de los opuestos, que se complementan en una unidad a través de la reciprocidad mutuamente beneficiosa. Hombre y mujer son intrínsecamente iguales e indispensables el uno para el otro; ambos tienen los mismos derechos y obligaciones, aunque el varón goza de más jerarquía y prestigio, de la misma forma en que dos hermanos son iguales en lo esencial, pero el mayor tiene preeminencia. Este sistema otorga a lo femenino un lugar de fundamental importancia, pues en vez de negarlo y excluirlo, lo integra y reconoce el valor insustituible de sus aportes específicos, que combina con los masculinos. En los Andes, el hombre es respecto a la mujer el primero entre los iguales, mientras que en el Occidente tradicional, es el amo y señor de un ser inferior, sobre el que tiene plena potestad y dominio.

IV. La irrupción civilizadora de lo femenino

El desmesurado predominio de lo masculino se anquilosa en el tedio y la barbarie, hasta que lo femenino irrumpe con ímpetu civilizador y restablece el equilibrio creativo, poniendo en marcha una honda transformación social, a la que los hombres se acoplan después en fecundo antagonismo innovador con las mujeres.

Revolución neolítica y Madre Tierra

Mientras que los hombres salían a cazar, cubiertos con pieles y provistos de lanzas con tosca punta de piedra, las mujeres se quedaban a cuidar de los críos, y en sus ratos de ocio ensayaban plantar las semillas que habían recolectado, modelar cacharros en arcilla o tejer ropa. La invención femenina de la agricultura —y en menor grado la de la cerámica y los textiles— revolucionó a fondo y para siempre la vida humana.

La población se hizo sedentaria, apareció la propiedad de la tierra, y por vez primera no sólo había lo suficiente para comer, sino que hasta sobraban alimentos. Con este excedente se pudieron mejorar las viviendas y construir ciudades y templos, hechos a imagen y semejanza del cosmos. (Civilización viene justamente de *civitas*, la

ciudad que ofrece un ámbito seguro para la convivencia con *urbanidad* y para estimulantes encuentros e intercambios, tanto de información como de bienes.)

Surgieron hábiles talladores de piedra, artesanos especializados, arquitectos y comerciantes, que llevaban sus cuentas en una incipiente matemática y anotaban sus datos en una incipiente escritura. Una casta sacerdotal comenzó a observar sistemáticamente los astros y los poetas empezaron a componer epopeyas. Se descubrieron los ciclos estacionales de producción y descanso de la tierra, afines a los ciclos lunares, a los ciclos iniciáticos de muerte y renacimiento, y a los propios ciclos fisiológicos de las mujeres.

Con el advenimiento de la agricultura entraron en escena divinidades femeninas diferenciadas²²: las benévolas y protectoras diosas de la fertilidad, encarnadas por la Madre Tierra Universal y la Luna; fecundadas sin desfloración por el dios masculino de la lluvia o de las



Démeter: fertilidad y exuberancia de vida, Fenicia, s. XIII a. C. Marfil.

semillas (Pacha Mama, Ishtar, Gaia, Démeter, Lakshmi, entre otras). Se les oponen las terribles y vengativas diosas de la esterilidad, que arrasan con todo vestigio de vida, destruyen cosechas, asesinan con saña a las embarazadas y lactantes, y aprisionan a los hombres hasta matarlos; nunca desfloradas ni fecundadas, sino derrotadas y expulsa-

²² La indiferenciada diosa paleolítica, de senos y vientre prominentes, pero desprovista de rostro, adquiere rasgos específicos y funciones distintas, que la vinculan con las divinidades masculinas complementarias.



*Medusa (una de las gorgonas):
esterilidad y destrucción.
Grecia, s. VI a. C. Piedra.*

das por un dios varón (Jap'i-ñuñu, Hécate, las gorgonas, las furias, Kali, Coatlicue). También aparecieron las diosas de los estados superiores de consciencia, como la inspiración, la creatividad, la inteligencia civilizadora, la sabiduría y el éxtasis místico; en un sentido espiritual y creativo, desfloradas y fecundadas por el principio masculino civilizador o iniciático; son la guía interna que encamina los

pasos del buscador espiritual y del creador de las artes y las ciencias (Qhisintü-Ururi, Atenea, Minerva, las Musas, Harmonía, Sofía, Sarasvati, Tara, Kuan-Yin, Oramila). Su opuesto son las diosas de los estados inferiores de consciencia: la embriaguez, la locura y el estupor del desenfreno sexual, para confusión y extravío del incauto; desfloradas pero no fecundadas, representan la esterilidad espiritual e intelectual (Umantüsü, Circe, Lilith)²³.

Estas diosas (al menos en su aspecto positivo) personifi-



*Sarasvati: inspiración,
belleza, sabiduría y éxtasis.
India, 1850. Acuarela.*

²³ Cf. Neumann, Erich. *The Great Mother*. Bollingen, 1955. Nueva York.
También: Abellio, Raymond. *La structure absolue*. Gallimard, 1965. París.



Sirena andina colonial: inspiración, sabiduría y éxtasis (sincretizada con la Qhisintü-Ururi precolombina). Puno, Perú, s. XVII. Piedra (foto: Hugo Montes).



Lilith: estupor, embriaguez, locura y desintegración. Sumeria, 2000 a. C. Relieve en terracota.

can el crucial aporte femenino de inspiración creadora, abundancia y civilización durante el Neolítico, que fue asumido y secundado luego por los hombres, para mayor realización del género humano.

Vírgenes, damas y amor cortés

Durante la Alta Edad Media, los hombres se dedicaban al ejercicio de la guerra, la caza o el deporte de aporrearse mutuamente, mientras que las mujeres, sometidas al marginamiento y el desprecio, vivían recluidas en las precarias viviendas. Muros gruesos, ventanucos pequeños e interiores oscuros y fríos afeaban por igual a casas, iglesias y castillos. Sus habitantes vestían burdas ropas y devoraban con desaliño viles comidas.

Pero he aquí que hacia el siglo XII, como sostiene Ortega y Gasset²⁴, vuelve a aflorar el principio femenino. Aparecen numerosas Vírgenes negras, hasta entonces inconcebibles en la patriarcal religión del Dios Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Recuerdan a las antiguas diosas paganas de la Tierra y la creatividad, también de rostro oscuro, y anuncian un nuevo influjo de la inspiración femenina.

Impensadamente, las damas empiezan a ocupar una posición preponderante. Alrededor de ellas se crea la corte, y en la corte florece el amor y se refinan la música, las viandas y los modales: de ahí viene la palabra cortesía. La vestimenta (incluso la masculina) gana en elegancia y se feminiza, con escotes, cinturas ceñidas y caderas acentuadas. La escultura se hace grácil, y la arquitectura se eleva como queriendo alcanzar el Cielo, iluminada por gloriosos vitrales.

24 Cf. Ortega y Gasset, José. *La rebelión de las masas*. Espasa Calpe, 1981. Madrid.

Los hombres siguen cazando y aporreándose entre ellos, pero ahora lo hacen donde las mujeres puedan verlos. En los torneos, dedican sus hazañas a la dueña de su corazón. Con una delicada poesía cargada de sentimiento, los trovadores celebran esas hazañas, le cantan al amor y exaltan las virtudes de sus damas:

*El gozo surge cuando dos amantes finos y de corazón
se miran derechos a los ojos por igual.
Besar es verdadera contraseña
del gozo que la Dicha de Amor lleva a sus ojos
y el beso que su boca toma
es seguridad de que cada uno siente
el sutil gozo que el amor le da.*

Bernat de Ventadorn, el celebrado autor de esta trova, proclama enfático: "Está verdaderamente muerto quien no sienta en su corazón el dulce sabor del amor. ¿Qué vale la vida sin amor?". Por su lado, el trovador Le Moine de Montandon declara con esperanza: "Agradezco al Amor por haber rendido mi corazón a una dama que reúne la belleza, la razón, el mérito, la cortesía, el saber, la gracia: si ella se digna concederme solamente una mirada, una sonrisa, me dará una respuesta benévola... y yo me abandonaré a su tierna generosidad".

Es un amor cortés, poético y sublimado, que surge por primera vez en Occitania y Provenza, y desde allí revolucionaria a toda Europa. Luis Racionero lo describe como "deseo erótico que se mantiene en estado de sagrada intuición, cuyo gozo está un punto más allá del plano sexual. Es un esmerar el deseo, una exaltación del corazón, suficiente a sí misma, que purifica y valoriza la voluptuosidad. Un afinar la sensibilidad sexual, pasándola del monopolio de lo genital a una erotización difusa, pero no por ello menos intensa, de todo el cuerpo"²⁵.

²⁵ Racionero, Luis. *El Mediterráneo y los bárbaros del Norte*. Círculo de Lectores, 1985. Barcelona.



La Virgen y el Niño: elevación espiritual, inspiración, amor, compasión y también fertilidad. La Celle, Francia, 1315. Talla en madera.



Torneo medieval en presencia de damas que lucen sus encantos femeninos. Miniatura, s. XIV.

Como un vasallo ante su soberana, el hombre se rinde a los pies de la mujer y le jura lealtad, se somete a todos sus mandatos y caprichos, contiene y sublima sus propios deseos, y espiritualiza su erotismo. En una suerte de iniciación caballeresca, cultiva la paciencia, la humildad, la perseverancia y el coraje, hasta alcanzar un estado espiritual de receptividad y expansión gozosa denominado *Dicha de Amor*²⁶. (Hay una evidente correspondencia entre el recién aparecido fervor a la Virgen y la nueva devoción por la mujer amada.)

Auténtica orden galante, esta “caballería del Amor” promulga leyes e instaura tribunales que dirimen los derechos y las obligaciones de quienes militan en ella. Se conserva un código del siglo XIV con 17 preceptos y 31

26 Cf. Lafite-Houssat, Jacques. *Troubadours et cours d'amour*. Presses Universitaires de France, 1971. París.

reglas amatorias²⁷, por ejemplo: no divulgues los secretos de los amantes, muéstrate siempre aseado y cortés, mantente puro para tu amante, al darte a los placeres del amor no sobrepases los deseos de tu amante, el pretexto del matrimonio no es una excusa válida contra el amor, los auténticos celos hacen crecer el amor, el amor huye de la avaricia como de la peste, el verdadero amor es tímido, no ama de verdad quien tiene demasiada lujuria, el amante verdadero está siempre absorbido por la imagen continua de su amada.

Los tribunales del Amor están constituidos por nobles damas, como Leonor de Aquitania (que fue reina de Francia e Inglaterra) o la condesa de Champagne, quienes juzgan y dictaminan sobre asuntos galantes y disputas entre enamorados. Algunas de sus sentencias memorables son: el amor espontáneo y gratuito entre los amantes es superior al afecto condicionado por los deberes conyugales entre esposos, un hombre pobre elevado y noble merece ser preferido en amores frente a un rico sin educación, una dama que ha contraído matrimonio puede conservar el amor —obviamente casto e ideal— de su antiguo amante.

Así, las mujeres no sólo hallan la manera ingeniosa de doblegar ante sí a los hombres y de imponerles sus ideales amorosos, sus preferencias estéticas, sus normas de refinamiento y de gentileza, sino que pasan a ser el centro de la vida social y política de la época, desde donde ejercen una sutil pero efectiva influencia en las decisiones del poder y en la orientación de la sociedad entera. Los valores femeninos predominan, aunque ellas en sí no tienen un dominio directo.

27 André Le Chapelain: *Traité de l'amour courtois*. Manuscrito en pergamino. Biblioteca Nacional. París. Publicado por Ed. Klincksieck, 1974. París.

Quienes llevaron más lejos estos cambios fueron los cátaros o albigenses, herejes occitanos de doctrina dualista, que contaban con verdaderas sacerdotisas, tenían a mujeres como destacadas dirigentes, disfrutaban (parece) de una sexualidad espontánea a la vez que refinada, y, lo que era aún más insólito por entonces, practicaban el libre debate de ideas filosóficas y religiosas. Los cátaros crearon el tarot, como oráculo y como representación del itinerario vital y espiritual del ser humano. No en vano sus arcanos mayores incluyen: *la fuerza* (una serena mujer, bella y elegante, somete sin esfuerzo a un poderoso león, de la misma forma en que las esplendorosas damas occitanas rinden con encanto y apacible firmeza al “sexo fuerte”), *la sacerdotisa* (con tiara papal y un libro de sabiduría abierto) y *los enamorados*, emblemático signo de los tiempos. La ortodoxia patriarcal de Roma no podía tolerar semejantes excesos y emprendió una cruzada victoriosa contra ellos, para lo que instituyó el primer tribunal de Inquisición que existió.

Esta época, que se prolongó hasta el siglo XIV, estuvo caracterizada por grandes transformaciones técnicas, como la renovación total del arte de la construcción, mejores arados y procedimientos de labranza (que redundaron en una mayor productividad), más eficaces aparejos para la equitación y los carros, barcos con quillas y timones perfeccionados, que permitieron viajes más largos y un incremento del comercio; todo lo cual aseguró una mayor prosperidad. Muchos historiadores coinciden en señalar que aquí se hallan los comienzos del Renacimiento, iluminado sin duda por el rescaldo de Provenza y Occitania.

La diosa de la Libertad y el amor romántico

Un obsoleto orden monárquico de privilegios arbitrarios, hueros formalismos y rigidez en las relaciones tenía

anquilosada a la Europa del siglo XVIII y a sus colonias. El soberano gobernaba autocráticamente por la Gracia de Dios (aunque a veces con un barniz ilustrado); también por derecho divino los nobles se sabían superiores a los plebeyos, los hombres a las mujeres y los europeos a los “nativos”, y reclamaban en consecuencia privilegios sobre ellos.

Se pensaba que la maldad y las inclinaciones pecaminosas de los hombres sólo podían ser encauzadas por un punitivo orden jerárquico, que se apresuraba a censurar con temor todo vuelo espontáneo de los pensamientos y las emociones. La decadencia se hacía patente en una moda que imitaba la decrepitud por medio de canosas pelucas, falsos lunares y superfluos bastones, y en un arte extremadamente recargado, que al decir de Borges exponía sus recursos sin necesidad y los dilapidaba sin misericordia.

Cuando más encorsetados se hallaban los cuerpos, los sentimientos y los pensamientos surgieron (durante los siglos XVIII y XIX) ideas libertarias y fraternas, inspiradas en el principio femenino de integración, unidad, igualdad y cambio: la convicción rousseauniana —nacida en una visión mística— de que el hombre es por naturaleza bueno y puede llegar a un entendimiento con los otros miembros de la sociedad, sin recurrir a la coacción jerárquica; la noción de que la libertad es inherente al ser humano; que para evitar la tiranía es necesario limitar el poder y contrapesarlo con otros poderes (Montesquieu); que todos los hombres son iguales entre sí, como hermanos; que la ley es idéntica para todos, sin que valga ningún privilegio hereditario; que debe prevalecer la justicia para todos sin excepción. Ideales representados en el arte y en el imaginario colectivo por alegóricas diosas seculares: la Libertad que con los pechos descubiertos conduce al

pueblo alzado en armas, la Justicia Imparcial de vendados ojos, la desconcertante diosa atea de la Razón. Son versiones laicas, racionalistas y modernas de las antiguas diosas civilizadoras de la inteligencia, la inspiración y la creatividad, que guían a los seres humanos hacia niveles superiores de consciencia y de convivencia.



La Libertad guiando al pueblo, Eugène Delacroix, 1830 (detalle).

Originado como reacción al sobredicho racionalismo iluminista, el romanticismo lleva más lejos aún el espíritu libertario y rebelde de la época. Con sus ilimitadas ansias de libertad y espontaneidad creadora, da rienda suelta a la subjetividad y a la imaginación, redescubre la vida, la naturaleza y lo popular, exalta los sentimientos, y vive con pasión desbordante un amor idealizado y elevado

por encima de todas las circunstancias de la existencia. (Precisamente debido a este rico caudal femenino de afectividad, el romanticismo da sus mejores frutos en los países protestantes, de adusto patriarcalismo bíblico, como la complementariedad lo exige.)

A costa de enormes privaciones y sacrificios, los artistas románticos se despojan de sus libreas para conquistar la libertad creativa. Ya no representan los objetos que tienen delante de sí, sino los sentimientos que esos objetos suscitan en ellos: Goya pinta la pasión irresistible que le inspira la Maja, o la repugnancia que le provoca la miseria humana de la familia real; Beethoven retrata con música su exultante gozo frente a una escena pastoral, o su generoso entusiasmo ante el heroísmo revolucionario. Muchos artistas se pliegan a los movimientos sociales de cambio, pero no tardan en decepcionarse por las tiranías y los baños de sangre; alguno ofrenda su vida por la independencia de un exótico país sojuzgado. Con sus juveniles robacorazones y sus melenas vagamente femeninas, debaten acaloradamente las nuevas concepciones estéticas y filosóficas, en asiduas tertulias que damas esclarecidas inspiran y convocan en sus salones.

Pese a la implícita orientación y sensibilidad femeninas de la época, fueron contadas las mujeres que participaron directamente en la creación estética o en las luchas sociales: Ninon de Lenclos, Fanny Mendelssohn, Clara Wieck Schumann, Charlotte y Emily Brontë, George Sand, Lou Salomé, Juana Azurduy y Flora Tristán, que yo recuerde.

Ya sea por la vía revolucionaria, como en Francia y en las dos Américas, o por la vía reformista, como en Inglaterra, a la larga se produjeron transformaciones profundas. Una sociedad relativamente más justa, democrática e igualitaria, un reencuentro con los propios

impulsos y sentimientos, una revalorización de la naturaleza y una mayor autenticidad son el legado de este período; aunque quedaron como asignaturas pendientes la liberación de las mujeres y de la sexualidad.

V. La igualdad masculinizante contemporánea

El siglo XX presenció, gratamente sorprendido, las luchas de las mujeres por el derecho al voto, la igualdad jurídica y la igualdad real y efectiva con los hombres, libradas con tanto éxito, que según las proyecciones son ellos los que ahora podrían quedar marginados.

El proceso de secularización disipó muchos tabúes religiosos opresivos, y la anticoncepción permitió a las mujeres liberar su sexualidad y ser dueñas de su propio cuerpo. Cada vez son más las mujeres que se destacan en el mundo académico y profesional, que triunfan en los negocios o en la política, y la tendencia es que sobrepasen a los hombres en un futuro cercano. Por ejemplo, en Europa y Norteamérica las mujeres ya superan a los hombres en el rendimiento escolar, les pisan los talones en el rendimiento universitario, y los puestos de trabajo femeninos (que por lo general implican mayor capacitación) se incrementan en la misma proporción en que disminuyen los puestos masculinos. Esto no quita que la discriminación y violencia contra la mujer alcancen niveles alarmantes en los países subdesarrollados, y aun en los desarrollados.

El machismo occidental descrito va cuesta abajo, aunque su perversa lógica sigue operando de maneras

totalmente insospechadas, a veces subrepticamente introducida en el seno del propio movimiento feminista.



Moda y actitud masculinizantes en la mujer: Colette, 1914 (izquierda) y Marlene Dietrich, 1930 (derecha).

Un apabullante e inédito predominio del principio masculino caracteriza al siglo XX y lo que va del XXI. Los valores supremos son el poder y la riqueza a cualquier precio, el despilfarro, la hipertrofia tecnológica, el expansionismo y la guerra; sin ningún miramiento por la destrucción del planeta ni por el destino de sus habitantes (el tragicómico Bush *junior* es la culminación penosa de esta tendencia).

El prototipo ideal de nuestra época es el hombre, y en particular el hombre joven, emprendedor, eficiente y desprejuiciado (su versión actual es el *yuppie* sin escrúpulos, que triunfa a cualquier costo). Desde la década de 1920, las mujeres imitan su forma de vestir y de comportarse: usan el pelo corto *à la garçon*, pantalones, traje sastre, corbatas y zapatos masculinos; hasta le copian el hábito y la manera de

fumar²⁸ (es la moda *unisex*, un sólo sexo: el masculino). También imitan sus actitudes desenfadadas, su “agresividad”, su cálculo frío y su lucha despiadada por el poder y la riqueza. Como grupo, ellas buscan el “empoderamiento” (de *empowerment*), atroz anglicismo que significa justamente esa persecución ávida del poder.

En una sociedad machista que las discrimina, las mujeres están obligadas a ser más competentes que los hombres si quieren hacerse valer, pero esto no significa que para tener éxito y realizarse deban seguir un modelo masculino ni dejar de ser ellas mismas.

El “enfoque de género” feminista soslaya la polaridad sexual, porque género es una categoría lingüística no universal (presente, por ejemplo, entre los pueblos indoeuropeos, pero ausente entre los amerindios). Hablar de “género” en abstracto supone eludir los aspectos biológicos, sexuales, culturales, históricos y cósmicos de la feminidad, para centrarse exclusivamente en el logro de la consabida equidad masculinizante²⁹.

28 Cf. Ortega y Gasset, *op. cit.*

29 Se insiste en que “sexo es a género lo que raza es a etnicidad”. Suena bien, pero el detalle está en que la raza es una irrelevante y muy reciente adaptación de las poblaciones a la latitud en que habitan, e implica apenas una *diezmilésima* parte de los genes de un ser humano (en tanto que el fenómeno étnico es fundamentalmente cultural y no está construido sobre las insignificantes diferencias raciales, que si llegan a tener alguna importancia es sólo porque una determinada cultura se la asigna). Por el contrario, las diferencias sexuales son casi tan antiguas como la vida misma, atraviesan toda la filogenia como un eficaz mecanismo evolutivo de recombinación genética, y en el caso humano involucran a un par de cromosomas, de los veintitrés pares que posee cada individuo, es decir una *veintitresava* parte de los cromosomas. La importancia de las distinciones sexuales es pues enorme y no puede ser ignorada por razones ideológicas. Sobre dichas distinciones sexuales cada sociedad y época construyen una masculinidad y feminidad cultural e históricamente determinadas, que sin duda son muy importantes, pero que no pueden existir con independencia de esta su base biológica, aunque gozan de una relativa autonomía respecto de ella.

Hay grupos feministas radicales que llevan al extremo este planteamiento unilateral. Proponen (e intentan practicar) una total y absoluta exclusión de los hombres de todos los aspectos de la vida. Tratan de eliminarlos, no ya de la paternidad, sino de una ocasional y efímera reproducción sexual (prescriben religiosamente la inseminación artificial anónima, y quien viole este mandamiento es procesada y expulsada por hereje). Más abiertamente antimasculina fue la delirante ola de emasculaciones que hace unos años Lorena Bobbit y sus seguidoras cometieron contra sus maridos, con el ulterior apoyo militante de varias organizaciones feministas, en involuntario tributo a Freud y a su discutida tesis de "la envidia del pene".

Si el machismo tradicionalista excluye, niega, subordina y agrede a la mujer, el feminismo fundamentalista, por su parte, excluye, niega, subordina y agrede al hombre: mantiene la lógica machista de exclusión, pero invirtiendo sus términos. Es un paradójico machismo al revés, que se parece tanto al original como una fotografía a su negativo. La trampa está en que el principio femenino hipertrofiado se transforma en su opuesto masculino, porque masculinas son en esencia la exclusión, la segregación y la discriminación que estas feministas *sui generis* practican. Así, por la insidia de la dialéctica, ellas acaban siendo las más masculinas y las menos femeninas entre las mujeres. Aunque biológicamente mujeres, son hombres en su lógica de exclusión y de competencia, en su psicología, sus actitudes, su expresión corporal, y ¿por qué no decirlo? en su atracción por otras mujeres³⁰. (Incontestablemente, cada quien tiene derecho a elegir la orientación sexual que prefiera, sin ser estigmatizado ni discriminado por ello, y es de

³⁰ Y ¿por qué no confesarlo?, yo también debo ser lesbiano: mucho me gustan las mujeres.

gran importancia la lucha que ellas y otros grupos libran en pos de este objetivo, una reivindicación todavía pendiente en nuestro tiempo.)

El mecanismo psicoanalítico por el que estas mujeres radicalmente antimachistas se convierten sin saberlo en machistas invertidas es que odian a su padre por prepotente y agresivo, pero secretamente admiran su poder, y terminan identificándose con él: imitan su comportamiento, y hasta en algunos casos buscan el mismo objeto sexual que él. Rechazan en consecuencia a su madre y a lo femenino que en ella hay³¹. (Aquí cabe preguntar: ¿por qué debería uno ceñirse la camisa de fuerza de “lo políticamente correcto”? ¿Por qué obligarse a ociosos escrúpulos, arbitrarios silencios, incómodos eufemismos, inútiles circunlocuciones y redundancias? Si, al cabo, “lo políticamente correcto” no pasa de ser un vano catálogo de las obsesiones, fobias y culpas puritanamente anti-puritanas que aquejan a los académicos y políticos bienpensantes del Norte protestante. Es más, sospecho que en el fondo de la corrección política hay un autoritarismo, racismo, homofobia y sexismo reprimidos, que se encubren tras la ritualista y puramente formal ostentación farisaica de lo contrario.)

En el pasado, lo femenino estaba sometido y avasallado, pero existía en sí; hoy el predominio de lo masculino es tan absoluto, que el polo femenino se ha desvanecido casi por completo. Todo sistema eficiente y saludable requiere del equilibrio antagónico entre sus dos polos; el extremo predominio de uno de ellos produce trastornos y patologías. (Por ejemplo, en las células hay un factor de crecimiento y otro de inhibición del crecimiento, que se

³¹ A contracorriente con las tendencias actuales, mantengo esta tesis del psicoanálisis freudiano por la suficiente razón de que la he podido comprobar en varios casos que he examinado como psicólogo.

regulan mutuamente; pero si predomina de manera unilateral el factor de crecimiento, se produce el cáncer.)

La hipertrofia unilateral de lo masculino tiene enferma a la humanidad y al planeta entero: una demencial y suicida avidez de dinero, poder y dominio nos lleva al delirio antropocéntrico de creer que somos los amos del mundo y que podemos disponer a nuestro antojo de la naturaleza para satisfacer nuestra codicia; de creer que se puede impunemente ignorar el calentamiento global y la destrucción de los ecosistemas para mantener las ganancias de las grandes empresas; que la economía puede crecer y expandirse sin límites y que es posible producir irrestrictamente bienes condenados sin remedio a convertirse en basura; que se puede enajenar los escasos recursos disponibles para destinarlos al armamentismo y el desperdicio suntuario; que se puede impunemente dejar postrada a la mayoría de la humanidad en la miseria, el marginamiento y la degradación; que el mundo está dividido en razas, naciones o credos, y que unos pueden aplastar y aniquilar a los otros sin que nada ocurra; en fin, que se puede impunemente sacrificar al planeta y a sus habitantes en aras de los intereses de unos cuantos.



Estados Unidos se niega a limitar su emisión de gases contaminantes. Caricatura de Alejandro Salazar, Bolivia. (cortesía del autor).

Hombres y mujeres, poseídos por un idéntico frenesí aniquilador de signo masculino, estamos cometiendo un verdadero matricidio con la Madre Tierra que nos nutre y nos sustenta, y sin la cual no podríamos vivir. Pero el principio femenino vulnerado irrumpe con furia destructiva. La terrible diosa de la esterilidad y la muerte clama venganza. Ciclones (con nombre de mujer) cada vez más frecuentes y letales, inundaciones en una mitad del globo y sequías en la otra, son la violenta reacción de la naturaleza atacada por el calentamiento global que los humanos ocasionamos. Extrañamente, muchas sustancias contaminantes vertidas en el medioambiente imitan a las hormonas femeninas o estimulan su producción, con la consiguiente merma en la cantidad de semen y su contenido de espermatozoides entre los hombres, y con la consiguiente atrofia testicular en algunos animales. Es como si frente a la contaminación, la biosfera entera se hiperfeminizara y atacara a lo masculino, quedando estéril ella misma.

No por casualidad muchas feministas, especialmente las radicales, reivindican y hacen suya a Lilith, la Luna Negra, símbolo de la feminidad suprimida (véase la ilustración de la página 42). Fue la primera mujer de Adán y huyó del Paraíso por no querer someterse a él. Vivió entre demonios en el mar Rojo, y los muchos hijos que tuvo fueron muertos como castigo de Dios por rehusarse a volver con Adán. Enloquecida, empezó a matar a mujeres embarazadas, a lactantes y a hombres (después de seducirlos). Más tarde reapareció en el Paraíso como la serpiente que tentó a Eva. Mezcla destructivamente renovadora de diosa de la esterilidad y de los estados inferiores de consciencia, Lilith representa la venganza femenina ante los excesos varoniles (aunque no se priva de atacar con igual rencor a las mujeres fértiles y a sus criaturas).

Las modernas seguidoras de Lilith encarnan (junto con las catástrofes climáticas y bioquímicas) la némesis del principio femenino contra el furor destructivo de lo masculino. Aparte de su odio visceral hacia los hombres y de su rabia, no es mucho lo que ellas proponen. Son nihilistas: negación pura. Su misión es demoler lo que ya no sirve, ayudar a destruir el obsoleto sistema aniquilador de la vida, para que después sea posible la reconstrucción (que correrá por cuenta del principio femenino positivo). Oponen exclusión a la exclusión, intolerancia a la intolerancia, destrucción a la destrucción; siempre más de lo mismo, como combatir el fuego con más fuego, hasta que todo se haya consumido.

Es un gran avance el que la mujer se iguale con el hombre en tener los mismos derechos, oportunidades y logros; lo discutible es que al hacerlo pierda lo específicamente femenino: la afinidad esencial con la vida y la naturaleza, la calidez, la empatía, la compasión, la solidaridad, el desprendimiento, la protección maternal, el amor no posesivo, la vocación igualitaria, integradora y fraterna, la intuición creativa y la capacidad de supervivencia.

Igualdad no significa identidad: no hace falta renunciar a lo intrínsecamente femenino ni identificarse con lo masculino para estar en pie de igualdad con los hombres. Un sector muy lúcido de mujeres que así lo ha entendido cuestiona el feminismo de la identidad, y en su lugar postula el feminismo de la diferencia y la especificidad.

Las ecofeministas, por ejemplo, sostienen que “la cultura masculina, obsesionada por el poder, nos ha conducido a guerras suicidas y al envenenamiento de la tierra, el agua y el aire. La mujer, más próxima a la naturaleza, es la esperanza de conservación de la vida”³². Por su capacidad de gestar vida, su talante

³² Puleo H., Alicia. “Ecología y feminismo”. Ponencia, s/f.

pacífico y compasivo, sus lazos afectivos, sus aptitudes maternas y su ética femenina de cuidado y protección, las mujeres están llamadas a jugar un papel preponderante en la preservación de la naturaleza. A partir de estos postulados, la física y filósofa de la India Vandana Shiva propone movimientos feministas de resistencia pasiva al mal desarrollo, como el protagonizado por las mujeres de Chipko, que se ataron a los árboles para evitar la tala de las selvas de montaña en el Himalaya (mientras que los respectivos esposos se organizaban en su apoyo y cocinaban para ellas). Para comprender mejor a la naturaleza y a la vida, Vandana Shiva se inspira en Lakshmi, la Madre Tierra de la cosmovisión hindú³³.

Por su parte, la teóloga brasileña Yvone Gevara dice que “hoy en día la justicia social implica ecojusticia” (debemos respetar a las demás criaturas vivas, no sólo al ser humano). Muestra especial interés por las mujeres pobres y por la defensa de los indígenas, víctimas de la destrucción de la naturaleza. También “llama a abandonar la imagen patriarcal de Dios como dominador, así como el dualismo de la antropología cristiana tradicional (cuerpo/espíritu). La trascendencia ya no estará basada en el desprecio de la materia sino que se definirá como la inmersión en el misterio de la vida y la pertenencia a un todo que nos trasciende. Será concebida como una ‘experiencia de la belleza y la grandiosidad de la naturaleza, de sus relaciones y su interdependencia’³⁴.

En esta línea, la filósofa australiana Val Plumwood “ha insistido en el carácter histórico, construido, de la racio-

33 Cf. Llorca y Juncadella, Imma. *Feminismo ecologista. Estado del debate en la India*, s/f. Y también Kumar, Satish. *You Are, Therefore I Am*. Green Books, 2002. Dartington, Inglaterra.

34 Puleo, *op. cit.*, expone el ecofeminismo en sus dos vertientes: la esencialista y la deconstructivista.

nalidad dominadora masculina. La superación de los dualismos jerarquizados Naturaleza/Cultura, Mujer/Hombre, oprimido/opresor, Cuerpo/Mente, Afectividad/Racionalidad, Materia/Espíritu exige un análisis deconstructivo”³⁵.

El ecofeminismo es un retorno necesario al arquetipo de la Madre Tierra dadora y sustentadora de vida, y un indispensable rescate del principio femenino fértil y creativo. De algún modo implica la vuelta a un idílico paraíso matriarcal, donde el hombre no había roto aún su cordón umbilical con la naturaleza. Pero con la actual población mundial ya no es posible ni deseable un regreso al Paleolítico. Además, el ser humano es un microcosmos que integra el cuerpo con la mente, la Tierra con el Cielo: pertenece a la naturaleza, pero la culmina y la trasciende. Su vocación es alcanzar el cenit de la consciencia para poder así reintegrarse en la totalidad cósmica y en la unidad primordial y final (que conjunciona en sí a todos los opuestos). El ser humano es por tanto materia y espíritu, naturaleza y cultura, pasión y razón, instinto y norma, inmanencia y trascendencia. Quedar escindido por estas dualidades (separación masculina) o fusionarlas en lo indiferenciado (integración femenina) no lo llevan a ninguna parte; su tarea es más bien superarlas en un diálogo innovador que integre en fecunda unidad contradictoria la técnica con el medioambiente, la razón con la intuición, la ciencia con la mística; en suma, lo femenino con lo masculino en su sentido más amplio.

³⁵ Burgos, Rosa. *Ecofeminismo*, s/f.

VI. Perspectivas futuras

Frente a la deforestación, el exterminio masivo de las especies, la catástrofe climática, la creciente miseria y la degradación de la vida urbana, las propuestas del Sistema (como por ejemplo el Protocolo de Kioto), aunque necesarias, son insuficientes, demasiado tardías, y ni siquiera cumplen sus modestos objetivos. Se requiere un cambio mucho más radical y profundo que ponga fin a esta barbarie suicida: una irrupción civilizadora de lo femenino, que, como ocurrió en el pasado, restablezca el armónico equilibrio creador entre los opuestos y transforme la orientación general de la sociedad.

Tres sutiles indicios la anuncian:

Una nueva e inesperada feminización de la moda. Muchas mujeres vuelven ahora a usar vestidos ceñidos y escotados que resaltan su figura; mientras que algunos hombres llevan aretes, pulseras y el cabello largo, a veces recogido en moños, y otros se muestran pulcramente depilados y perfumados, luciendo coquetos sacos que descubren el pecho enjoyado. Atenuación de lo masculino y franca oscilación hacia lo femenino, que ayuda a restablecer el equilibrio (el polo masculino sobredominante se torna en su opuesto). Más allá de las

sugestivas apariencias externas, aunque en concordancia con ellas, hoy se valora más al hombre sensible, intuitivo, delicado, que está en armonía con su propio lado femenino³⁶.



Feminización contemporánea de la moda y la actitud, tanto en los hombres como en las mujeres.

Mayor importancia tiene quizá la aparición de multitud de Vírgenes en todo el orbe católico y ortodoxo (Croacia, Ucrania, Eslovenia, Colombia, El Salvador, México, California), y el resurgimiento de antiguas diosas (como la Pacha Mama, Lakshmi o Gaia) en el

³⁶ En lugar de atenuar un polo para emparejarlo con el otro ya disminuido, es preferible intensificar por igual ambos polos en una tensa unidad antagónica, donde cada término llegue a contener en sí a su contrario.

resto de mundo. No es que nos interese particularmente la mariología, sino la manifestación renovada de los arquetipos femeninos de la fertilidad, la vida, la inspiración civilizadora y los estados superiores de consciencia. Las diosas (y los dioses) representan actitudes, comportamientos y visiones del mundo que se hallan dentro de nosotros mismos. Nuestra esperanza es que estas diosas emergentes simbolicen y presidan el renacimiento de las concepciones, conductas y cualidades femeninas indispensables para salir del atolladero:

- Asumir la unidad fundamental de la vida y el estrecho tejido de relaciones entre todos los seres vivientes, que nos llevará a tratarlos con respeto y consideración: a protegerlos, en vez de depredarlos y exterminarlos. (La ecología actual redescubre esta visión unitaria e integradora de la vida, y la teoría de Gaia de Lovelock da un paso más al considerar al planeta en su conjunto como un gigantesco organismo vivo que se regula a sí mismo, a manera de una moderna Madre Tierra resacralizada.)
- Tomar consciencia de que la humanidad es una sola, que todos somos iguales y estamos hermanados, por lo que cada persona merece amor, solidaridad y tolerancia. Ya no más exclusión, discriminación ni miseria. El *yatiri* y *amawt'a*³⁷ aymara Policarpio Flores Apaza dice al respecto: "No importa si uno es europeo, del Brasil o del Ecuador, para la Pacha Mama todos somos uno solo. Todos los hombres vivientes en este mundo somos hermanos, hijos de la Pacha Mama, y todos nos debemos a todos (...) Debemos aprender de la Pacha Mama, que alimenta y protege a todos por

³⁷ *Yatiri*: lit. el que sabe. Hombre de conocimiento, iniciado, chamán.
Amawt'a: sabio, consejero.

igual, sin preguntar si les corresponde o no.

Tenemos que amar a nuestros hermanos, cuidar y proteger a los que sienten hambre, sed, frío, tristeza. Cuando uno quiere ayudar, lo debe hacer de corazón, sin ningún interés. No hay que tratar mal, no hay que engañar a nadie; ya no debe haber soberbia ni se tiene que humillar a nadie, porque todos somos iguales y nos necesitamos. ¡Respetemos todo lo que existe, sin hacer daño! No hay que matar ni maltratar así nomás a los animales, no hay que dejarlos sufriendo (...) Esto significa unidad, significa abrazarnos entre todos, significa armonía con el universo”³⁸.

- Comprender que la Madre Tierra procede con la mayor economía y eficacia; que lo reutiliza todo sin desperdiciar nada, para así ofrecer abundancia y bienestar a todos. Por eso no tolera el despilfarro ni la impúdica acumulación de fortunas (“en el mundo hay suficiente para las necesidades de todos, pero no para la codicia de nadie”, decía Gandhi). Habría en consecuencia que redistribuir el ingreso, eliminar el consumo superfluo y desarrollar una tecnología eficiente, que no contamine y sea capaz de reciclar.
- Conectarnos con nuestra guía interior femenina (*ánima*) y con la inspiración, creatividad, intuición y elevación espiritual necesarias para hallar las soluciones sin precedente que la época requiere.

En cualquier actividad de búsqueda espiritual, solidaridad, terapias alternativas o defensa del medioambiente participan significativamente más mujeres que hombres.

³⁸ Cf. Flores, Policarpio, Fernando Montes *et al.* *El hombre que volvió a nacer. Vida, saberes y reflexiones de un amawt'a de Tiwanaku*. 2ª ed. Plural, 2005. La Paz.

Ellas son las abanderadas del cambio y las portadoras de estos nuevos valores y actitudes; pero el aporte femenino sólo empezará a transformar efectivamente la sociedad cuando haya sido asumido también por los hombres, y sobre todo cuando haya sido fecundado por el principio masculino, en una fructífera conjunción de opuestos³⁹.



Gaia, el planeta viviente resacralizado: retorno a la noción de Madre Tierra. Vista de la Tierra desde el Apolo 17, 1972 (foto: NASA).

³⁹ Tan pernicioso es el predominio absoluto masculino como el femenino; pero en un primer momento es posible que, como compensación, lo femenino cobre más fuerza y se imponga sobre lo masculino debilitado; aunque más adelante ambos polos se intensificarán por igual, en reñido equilibrio antagónico. En rigor, ni lo femenino ni lo masculino son creativos o civilizadores *per se*; sólo puede serlo la fecunda conjunción simétrica entre ambos principios. Por eso, en una situación de fuerte predominio masculino, la súbita aparición de un influjo femenino resulta tan fértil e innovadora, como lo constata la historia (y como lo comprueba quien interfecunda su razón con su intuición). También es cierto que en un contexto de predominio femenino, el ingreso equilibrador de una influencia masculina puede ser muy productivo, como ocurrió en Grecia y en la India, donde la matriarcal población

Un tercer indicio de cambio nos llega de un dominio totalmente distinto: la racionalidad científica. Los experimentos de física cuántica empezaron en 1900 y tuvieron su auge en los decenios de 1920 y 1930, aunque entonces sólo generaron explicaciones más o menos convencionales. Recién ahora, impulsados por el desarrollo de la ya cercana computadora cuántica, los físicos se ven forzados a asumir las consecuencias revolucionarias de esos datos experimentales: la “fantasmagórica” superposición entre dos atributos antagónicos y mutuamente excluyentes de la materia, como partícula y onda, posición y velocidad (que permite transmitir información de manera instantánea e inmediata entre objetos separados por el tiempo y el espacio). También en el campo de la química y la biología, la teoría del “caos” postula una superposición contradictoria entre determinismo e indeterminismo, que posibilita la autoorganización creativa, “inteligente”, de los sistemas complejos. En ambos casos se adopta plenamente la lógica de la unidad contradictoria, donde algo puede ser simultáneamente positivo y negativo, existente e inexistente, sí y no, “masculino” y “femenino”, en un paradójico tercer estado suspendido entre estas dos posibilidades. Una clara ruptura con el principio aristotélico del tercero excluido y un consiguiente retorno a la milenaria conjunción de opuestos del *tao* y el *tinku*.

Por sus futuras aplicaciones prácticas, concretas y tangibles, esta lógica abandonará el ámbito esotérico de los laboratorios, para formar parte de la vida cotidiana de la gente común. Entretanto, una analogía nos permitirá intuir lo que significa la conjunción de opuestos. Todos conocen los estereogramas, esas figuras bidimensionales,

aborigen de agricultores se combinó con una migración patriarcal de pastores indoeuropeos, para crear dos de las civilizaciones más pródigas de la antigüedad.

planas, que, al acercarlas a los ojos y luego alejarlas gradualmente, se vuelven tridimensionales. En un estereograma hay dos registros distintos y separados entre sí: uno que corresponde al ojo derecho y otro al ojo izquierdo. Si, a través de una adecuada acomodación visual, el observador logra integrar esos dos registros mutuamente excluyentes en una sola imagen coherente, emerge como por arte de magia una tercera dimensión, con volumen y relieve internos. De igual manera, al integrar los polos masculino y femenino en una unidad contradictoria, emerge una inesperada dimensión adicional de autoorganización creativa, conexión total e instantánea, espontaneidad, libertad, consciencia, armonía, justicia y belleza, que resultan de la desconcertante combinación de atributos mutuamente excluyentes. Esta es la clave del orden cósmico, ni más ni menos.

Si en un futuro previsible resurge el polo femenino para restablecer un intenso a la vez que armonioso equilibrio antagónico con el polo masculino, y si de manera concomitante se reactualiza universalmente la lógica de la conjunción de opuestos, estarán dadas las condiciones para la aparición de un nuevo paradigma, que transformará a la sociedad, al individuo y a la pareja:

Al integrar en términos de igualdad los principios masculino y femenino, la sociedad será mucho más fluida, creativa, armónica, libre y justa. Podrá conciliar en equilibrado antagonismo complementario la cultura con la naturaleza, el todo con la parte, lo individual con lo colectivo, la mayoría con la minoría, el centro con la periferia, lo espontáneo con lo regimentado, el derecho de uno con el derecho del otro, el capital con el trabajo, o, mejor aún, el productor A con el productor B.

Conjugando la parte masculina con la femenina, el aspecto consciente con el inconsciente, la razón con la

intuición, el individuo podrá hallar su propio centro de identidad transpersonal y conectarse con su guía espiritual interna, que es la fuente de la creatividad, la inspiración y los estados superiores de consciencia.

La pareja logrará, finalmente, una auténtica equidad en la diferencia. Hombre y mujer valorarán por igual las cualidades polares complementarias que los distinguen, y las desarrollarán al máximo para integrarlas en una fecunda, libre, espontánea, armónica y gozosa conjunción de opuestos. Cada uno podrá hallar su propio centro, porque se habrá completado a sí mismo a través de su relación con el otro.